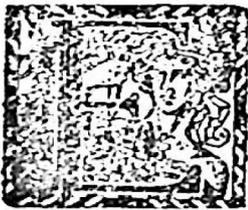


Sixto C. Martelli

La muerte de la verdad

A Roberto Gache



El dueño del Almacén de los Espejos estaba en el misterio de la fina suavidad que concede el cristal, aun el vidrio más miserable, al semblante duro de la verdad. Sabía servirse como un mago de la vida de los cristales y ponerla en valor con la alianza de azogues perfectos y la exaltación soberana de la luz. Conocía la razón lejana que mueve al hombre y a la mujer hasta el estanque inmóvil del espejo; y como suben calladas, desde el corazón, la complacencia, la esperanza, el halago, la nostalgia, la angustia; y su saber no ignora como desea cada criatura detener un minuto de su reflejo, eludiendo el desgaste; la corrupción o la vejez que traen las cornucopias seguras del tiempo.

De todas partes llegaban gentes para mercar el espejo seductor, donde el amor se asoma sonriendo, y el lisonjero, y el optimista, y el cortesano, y el mendaz, y el indulgente, y el benévolo, y el generoso. Hasta acudían hombres en busca del espejo burlón, del cari-

caturizador, del irónico, del grotesco, del humorista de las ferias populares,—tan a propósito para la salud del espíritu de burócratas sedentarios y académicos. Y aun había pacíficos maniáticos, como subidos del trasmundo, que pedían espejos para el pensamiento...

En la fiebre y en las pausas del trabajo de su fábrica la Musa de los Espejos le dictaba a él, artesano, una como cátedra de las fiorituras más graciosas y nobles formas para enmarcar toda hermosura, aventajándola o aligerar donosamente toda penosa y triste fealdad. Y así lograba, herido de puros afanes estéticos, una lujosa, infernal belleza, reiterada a la luz resurrecta de cada creación nueva como una joya.

Por celo y lujo de pasión del oficio, el patrón del Almacén de los Espejos dió un día, tras desparejos desvelos, en la gracia de un espejo único, cuyo buen reflejar daba en la neutralidad perfecta y no admitía biseles engañosos, escorzadores de las cosas. ¡Todo su saber había creado el Espejo de la Verdad!

Y le improvisó un sitial para mover la justa expectación y el debido respeto de las gentes.

Y absorto en la nueva e intrépida belleza dió la espalda, indiferente, al negocio próspero.

Y de allí en más no salieron ya para los caminos del mundo los espejos venales de su fábrica, eclipsados por el nuevo dios en su trono. Todas las gentes se resistieron a trasponer los umbrales del Almacén de los Espejos. Nadie osó ver por dos veces su imagen en esa fontana fría y dura de la Verdad y nadie qui-

so volver nunca a ese puerto ya sin misericordia e inútil para la esperanza humana. Y estériles se le fueron haciendo los días a aquel hombre que tuvo la alegría inmensa de haber creado la más difícil, la más preciosa, la más ponderable y menos reclamada joya.

La desesperación y el oleaje de las sombras fueron creciendo a su alrededor hasta que una noche, náufra- go sin remedio su cerebro, avanzó resueltamente por el almacén, donde todos los caprichos, las necesidades y despotismos de sus clientes fueran atendidos, y de una certera pedrada destronó al Espejo de la Verdad.

El «pensador»

A Eduardo Mallea.

¿Quién se atreve a levantarle el mentón al «pensador» de Rodin?

No, amigos míos: esa terquedad servicial del bronce —con dos dedos miserables de frente— por asumir la representación de la Inteligencia activa, no está de parto, de parto de ideas. La nobleza ilustre del pensamiento humano ni la corte fiel de las melancolías las ha reflejado nunca ese rostro fuerte, de mandíbulas trituradoras, duro de cien bofetadas.

La actitud de ese boxeador—teatralidad que avergüenza y ofende en secreto a la Inteligencia, púdica desde el pensamiento al acto—, el gesto poco amigo, cargado de hostilidades en reposo, el ceño adusto y

toda su cara como un puño, hablan de un agobio casi total, de una tormenta interior prolongada, tenaz, que le pesa en su pequeño cráneo primitivo y le derrota la cabeza sobre la diestra cerrada, forzando el apoyo del antebrazo derecho en la pierna izquierda en descanso.

A los que están sentados como el «Pensador» casi siempre se les ocurren ideas de segunda mano, o ideas que se mueren en seguida. No es que le sitúe entre los sedentarios: bien se ve que no lo fué nunca por el «training» con que castiga sus músculos; pero según la posición en que se coloque el hombre, así serán sus pensamientos... Y en diversos tonos y en diversas lenguas han afirmado filósofos y humoristas que el arte de discurrir, de discurrir intelectualmente con originalidad, sólo se concibe andando, es decir de pie. El hombre que está despierto sobre sus propios pies, o, mejor, que anda, trasiega sus pensamientos con vivacidad primigenia, los mueve dentro y fuera de sí con independencia. A veces se sienta para fijar, para expresar más armoniosa y pulcramente lo que pensó andando, y recrea entonces bajo el ardimiento mágico de la palabra cuánto cree deber comunicárselo a los demás. Pero es de pie como el hombre circula, emancipa, capitaliza y afianza la fortuna y longevidad de sus ideas. De dos pensadores, el que anda crea historia; el que se queda al cómodo amor de la silla, la escribe... Por eso el «Pensador» de Rodin, si llega a levantarse, lo primero que hará es correr en busca de su clava o su macana para recuperarse de la fatiga de la «pose» y hacer,

por puro lujo de potencia, unos bonitos molinetes en el aire . . .

Cavilador, más que razonador; obstinado, más que especulador mental; preocupado, más que pensador; pero por sobre todo «poseur» . . .

¿Basta a redimirle un tanto del énfasis de su nombre la plástica poderosa con que le dió vida, para el arte, el estatuario?

¿La especie de pensadores con clava, victoriosa, que se usa ahora en algunas naciones, tendrá en esta estatua su símbolo para la posteridad?

¿O quedará el «Pensador», en toda la pompa de su verdín, haciendo nada más que de pisapapeles en el Palacio de la Inteligencia?

* * *

Yo he visto a un «desocupado» de la plaza del Congreso raspar, de pasada, un fósforo en el calcañar del «Pensador» y encender el cigarrillo con que engaña a su hambre.

Me pareció que le estampaba allí toda entera, la rúbrica de su indiferencia.